

## Ellos

Por Fernando Butazzoni

*Ellos. Palabra terrible. Dique que aguanta lo que está del otro lado. Ellos suelen ser los otros. Y los otros son cualquier cosa menos nosotros. En este tiempo ser “ellos” significa estar del lado equivocado.*

El mundo aparece zanjado cada vez más por el conflicto con los otros. No importa quién esté de este lado de la trinchera, ni de qué trinchera se trate. Es como si desde siempre hubiera existido esa distancia en apariencia insalvable entre los alineados de cada bando. Mucho se ha escrito acerca de un presunto “choque de civilizaciones”, pero poco se ha hurgado en lo que significa dicho enfrentamiento en la escala doméstica de una sociedad. Los discursos se construyen cada vez más a partir de ese conflicto, y lo que en otros períodos de la historia fue tomado como riqueza y posibilidad, hoy es asumido como una fuente inagotable de violencia.

Parece que los terroristas que mataron a decenas de personas en Londres un par de semanas atrás, eran británicos. Pero todos los medios de comunicación y todos los políticos —empezando por esa especie de Tartufo remilgado que es Tony Blair— han aclarado que eran “británicos de origen musulmán”. ¿Qué significa esto? Para empezar se trata de una discriminación que, en cualquier país de veras democrático, resultaría intolerable. ¿Podemos imaginar el mismo concepto cambiando el origen de los sospechosos? Digamos que se dijera que los terroristas eran “británicos de origen judío”. Sólo en la Alemania de Hitler pudiera ocurrir tamaña afrenta. ¿Lo aceptaríamos? En la práctica, la declaración de Blair significa que los derechos adquiridos por cientos de miles de personas de origen árabe en la Gran Bretaña serán, a partir de ahora, motivo de controversia.

Una primera cuestión salta a la vista: los derechos civiles en los países que integran la coalición antiárabe ya son cosa del pasado. Blair quiere intervenir teléfonos y correos electrónicos sin demasiados trámites. Los EEUU de Bush ya lo han hecho. La Italia de Berlusconi está en alerta, y las mezquitas son vigiladas noche y día por agencias de inteligencia que, por fin, han vuelto a encontrarle un sentido a sus labores de espionaje.

En última instancia, puede que dentro de poco tiempo se considere esta página como un delito conexo al terrorismo internacional o algo así. Ya hay

quienes propugnan en el Reino Unido que “la incitación al terrorismo” sea equiparada al acto terrorista, con lo cual puede interpretarse que cualquier denuncia de los crímenes británicos en Basora, por ejemplo, es una oblicua incitación al terrorismo islámico y, por lo tanto, un acto intelectual dañino, perseguible y punible.

He escrito que “parece” que los terroristas eran británicos de origen musulmán. Y subrayo la duda, porque resulta difícil creerle a los mismos aparatos de inteligencia que mintieron sobre las “armas de destrucción masiva” de Saddam Hussein. No es ocioso recordar aquí la triste historia del Dr. David Kelly, un respetable científico británico que fue inspector de armas de la ONU en Irak. Él suministró a la BBC, de manera reservada, información contundente acerca de la “exageración” en que incurrieron los servicios de inteligencia de su país en los reportes sobre la peligrosidad de Saddam. Pues bien, David Kelly un día se fue de su casa y a la mañana siguiente apareció muerto, desangrado en un bosque de los suburbios. ¿Fue un suicidio de verdad? ¿Fue un asesinato como tantos de los que hemos visto en las películas de James Bond, el paradigmático agente secreto de Su Majestad? Es difícil creerle a los británicos. La verdadera autoría de los atentados terroristas de Londres seguirá envuelta en un oprobioso manto de dudas, al igual que las verdaderas causas de la muerte del Dr. Kelly.

De todas formas, hay que ser justos: la capacidad para manipular a la opinión pública que tienen los británicos no es comparable ni por asomo a la que tienen los gobernantes norteamericanos. En los EEUU se oculta información vinculada al terrorismo de forma sistemática, del mismo modo que se esconden o minimizan las catastróficas cifras de las jornadas bélicas en Irak. Hace poco, el diario “*The San Francisco Chronicle*” empezó a destapar la olla podrida del napalm en Bagdad y Fallujah. Un arma que está prohibida de forma expresa por todas las convenciones internacionales, ha sido utilizada por la Fuerza Aérea de EEUU para bombardear zonas urbanas de esas dos ciudades iraquíes. Y todo ello con agravantes: según el Pentágono, todo el napalm almacenado y disponible había sido destruido varios años antes. Sin embargo, esta martingala criminal del Alto Mando militar yanqui ha pasado casi inadvertida en el mundo.

Ahora Blair ha señalado la conveniencia de ser menos tolerantes con los “imanes radicales” que pregonan en las mezquitas metropolitanas del antiguo imperio. Los otros, ellos, los de afuera, los diferentes, están en la mira. Según Blair muchos predicadores musulmanes se aprovechan de la libertad religiosa para sembrar el odio entre los creyentes que viven en Gran Bretaña. Dicen que los imanes dicen mentiras: que informan sobre matanzas inexistentes en Irak, que acusan a las tropas británicas de cometer crímenes y de profanar sitios santos. Dicen que Blair dijo que eso es mentira. Pura mentira. Lo cierto, lo único cierto, es que ser musulmán en Gran Bretaña es actualmente muy riesgoso.

No es diferente la situación en cualquier país islámico. Son constantes los llamados a combatir a los cruzados, a asesinar infieles, a luchar contra Occidente hasta la última gota de sangre. Para un europeo es difícil caminar por una calle de Kabul o de Islamabad. Lex Harris, enviado a Karachi, lo narraba los otros días en “El Europeo” con una sencillez escalofriante: *“Uno avanza entre esa multitud de desconocidos sabiendo que hay muchos dispuestos a degollarlo por el simple hecho de ser occidental. Y también sabe que, si sale indemne de esa exposición, no es por inocente, sino por un problema de oportunidades. Cada vez que regreso al hotel tengo la seguridad de que no me han asesinado porque no tuvieron la oportunidad de hacerlo”*.

El discurso sólo puede elaborarse con el otro como enemigo. Los palestinos y los israelíes han construido sus respectivos discursos fijando en su oponente las claves del mal. Los EEUU ya habían hecho lo propio durante toda su historia como nación. Empezaron con México y sólo pudieron detenerse cuando los vietnamitas los desangraron, ciento veinte años después. Saddam Hussein enviaba al matadero a cientos de miles de sus compatriotas en una guerra inútil contra el Irán de los ayatollas, y lo hacía en nombre de la fe y de Dios. En Afganistán, los seguidores del Mulá Omar, cuando estaban en el poder, bombardeaban tesoros religiosos y arqueológicos sin más coartada que la herejía de la otredad.

Pero en esta parte del mundo también se elaboran los discursos utilizando como argamasa, cada vez más, la peligrosidad de los otros. Un amigo chaqueño me comentaba no hace mucho que en la triple frontera, en Ciudad del Este, hay más espías que contrabandistas. Y en Colombia el que no es narco es paramilitar, y si no debe ser de las FARC o debe tener contactos con el Ejército. En el mes de mayo, en Cachumbaria, un caserío del Matto Grosso brasileño, un grupo de vecinos persiguió, atrapó y mató a garrotazos a una mujer a la que acusaron de bruja.

Es difícil construir un discurso en el que la diversidad y la diferencia sean bienvenidas. Parece más sencillo y redituable echar leña a la fogata de los peligros que conllevan esas diferencias. Sin embargo, la historia humana también está atravesada por esas maravillosas aventuras de coexistencia que, a pesar de los conflictos, marcaron pueblos y culturas para siempre. Hubo una edad en la Grecia clásica en que todo caminante era celebrado sin importar sus vestidos ni su lengua. Y hubo un tiempo, hacia fines del siglo XI, en el que moros, judíos y cristianos vivían y laboraban juntos en la España de las tres culturas conocida como Al Andalus. Y los pueblos de América, después de la independencia, acogieron a quienes llegaban de Europa sin más bienes que sus manos y sus ansias de trabajo. No era una arcadia, pero se parecía. Era el tiempo en que ellos éramos nosotros.